

No. 17 - Abril - 1954



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

Palabras de Savitrí

Los buenos siempre cumplen las eternas
leyes de la virtud.

Los buenos nunca se desesperan, siempre
se resignan.

Mediante la veracidad dirigen la senda
del sol los buenos.

La bondad tenida para con hombres buenos,
producirá sus frutos.

Puesto que siempre y necesariamente así
se portan los buenos,

¿es un milagro, acaso, que también sean
apoyo y protección?

De Savitrí (Episodio del Mahabharata)



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

Palabras de Savitrí	1
El Sueño	2
El Gigante Egoísta	3
La Ranita Boba	8
El Pequeño Lischen y la Luna	10
Los Hombres Primitivos	14
Página de los Niños	15
El Caracol, la Luciérnaga y el Grillo	16

ABRIL 1954

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 17

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

¢ 0.20

EL SUEÑO

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.

—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela.

—Pues, señor, éste era el caso...

(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras en el regazo).

Rafael Alberto Arrieta.



EL GIGANTE EGOISTA

Todas las tardes, al volver del colegio, tenían los niños la costumbre de ir a jugar al jardín del gigante.

Era un gran jardín solitario, con un suave y verde césped. Brillaban aquí y allí lindas flores sobre el suelo y había doce melocotoneros que, en primavera, se cubrían con una delicada floración blanquirosada y que, en otoño, daban hermosos frutos.

Los pájaros, posados sobre las ramas, cantaban tan deliciosamente, que los niños interrumpían habitualmente sus juegos para escucharlos.

—¡Qué dichosos somos aquí!—se decían unos a otros.

Un día volvió el gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, residiendo siete años en su casa. Al cabo de los siete años dijo todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió regresar a su castillo.

Al llegar, vió a los niños que jugaban en su jardín.

—¿Qué hacéis ahí?—les gritó con voz agria.

Y los niños huyeron.

—Mi jardín es para mí sólo—prosiguió el gigante. Todos deben entenderlo así y no permitiré que nadie que no sea yo se solace en él.

Entonces le cercó con un alto muro y puso el siguiente cartelón:

*Queda prohibida la entrada
bajo las penas legales correspondientes*

Era un gigante egoísta.

Los pobres niños no tenían ya sitio de recreo.

Intentaron jugar en la carretera; pero la carretera estaba muy polvorienta, toda llena de agudas piedras, y no les gustaba.

Tomaron la costumbre de pasearse una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

Entonces llegó la primavera y en todo el país hubo pájaros y florecillas.

Sólo en el jardín del gigante egoísta continuaba siendo invierno.

Los pájaros; desde que no había niños, no tenían interés en cantar y los árboles olvidábanse de florecer.

En cierta ocasión una bonita flor levantó su cabeza sobre el césped; pero al ver el cartelón se entristeció tanto pensando en los niños, que se dejó caer a tierra volviéndose a dormir.

Los únicos que se alegraron fueron el hielo y la nieve.

—La primavera se ha olvidado de este jardín—exclamaban—. Gracias a esto vamos a vivir en él todo el año.

La nieve extendió su gran manto blanco sobre el césped y el hielo revistió de plata todos los árboles.

Entonces invitaron al viento del Norte a que viniese a pasar una temporada con ellos.

El viento Norte aceptó y vino. Estaba envuelto en pieles. Bramaba durante todo el día por el jardín, derribando a cada momento chimeneas.

—Este es un sitio delicioso—decía—. Invitemos también al granizo.

Todos los días, durante tres horas, tocaba el tambor sobre la techumbre del castillo, hasta que rompió muchas pizarras.

Entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, lo más de prisa que pudo. Iba vestido de gris y su aliento era de hielo.

—No comprendo porque la primavera tarda tanto en llegar —decía el gigante egoísta, cuando se asomaba a la ventana y veía a su jardín blanco y feo—. ¡Ojalá cambie el tiempo!

Pero la primavera no llegaba, ni el verano tampoco.

El otoño trajo frutos de oro a todos los jardines, pero no dió ninguno al del gigante.

—Es demasiado egoísta—dijo.

Y era siempre invierno en casa del gigante, y el viento del Norte, el granizo, el hielo y la nieve, danzaban en medio de los árboles.

Una mañana el gigante, acostado en su lecho, pero despierto ya, oyó una música deliciosa. Sonó tan dulcemente en sus oídos, que le hizo imaginarse que los músicos del rey pasaban por allí.

En realidad era un pardillo que cantaba ante su ventana; pero como no había oído a un pájaro en su jardín hacía mucho tiempo, le pareció la música más bella del mundo.

Entonces el granizo dejó de bailar sobre su cabeza y el viento del Norte de rugir. Un perfume delicioso llegó hasta él por la ventana abierta.

—Creo que ha llegado al fin la primavera—dijo el gigante.

Y saltando del lecho se asomó a la ventana y miró. Qué fue lo que vió?

Pues un espectáculo extraordinario.

Por una brecha abierta en el muro, los niños habíanse deslizado en el jardín encaramándose a las ramas. Sobre todos los árboles que alcanzaba él a ver, había un niño, y los árboles sentíanse tan dichosos de sostener nuevamente a los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles.

Los pájaros revoloteaban de unos para otros cantando con delicia, y las flores reían irguiendo sus cabezas sobre el césped.

Era un bonito cuadro.

Sólo en un rincón, en el rincón más apartado del jardín, seguía siendo invierno.

Allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, que no había podido llegar a las ramas del árbol y se paseaba a su alrededor llorando amargamente.

El pobre árbol estaba aún cubierto de hielo y de nieve, y el viento del Norte soplabá y rugía por encima de él.

—Sube ya, muchacho—decía el árbol.

Y le alargaba sus ramas, inclinándolas todo lo que podía, pero el niño era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se enterneció al mirar hacia afuera.

—¡Qué egoísta he sido!—pensó—. Ya sé por qué la primavera no ha querido venir aquí. Voy a colocar a ese pobre pequeñuelo sobre la cima del árbol, luego tiraré el muro, y mi jardín será ya siempre el sitio de recreo de los niños.

Estaba verdaderamente arrepentido de lo que había hecho.

Entonces bajó las escaleras, abrió nuevamente la puerta y entró en el jardín.

Pero cuando los niños le vieron, se quedaron tan aterrizados que huyeron y el jardín se quedó otra vez invernal.

Únicamente el niño pequeñito no había huído porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no le vió venir.

Y el gigante se deslizó hacia él, le cogió cariñosamente con sus manos y lo depositó sobre el árbol.

Y el árbol inmediatamente floreció, los pájaros vinieron a posarse y a cantar sobre él y el niño extendió sus brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y lo besó.

Y los otros niños, viendo que ya no era malo el gigante se acercaron y la primavera les acompañó.

—Desde ahora este es vuestro jardín, pequeñuelos—dijo el gigante.

Y cogiendo un martillo muy grande echó abajo el muro.

Y cuando los campesinos fueron a mediodía al mercado, vieron al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que pueda imaginarse.

Estuvieron jugando durante todo el día, y por la noche fueron a decir adiós al gigante.

—Pero, ¿dónde está vuestro compañerito?—les preguntó—. Aquel muchacho que subió al árbol?

A él era a quien quería más el gigante, porque le había abrazado y besado.

—No sabemos—respondieron los niños—; se ha ido.

—Decidle que venga mañana sin falta—repuso el gigante. Pero los niños contestaron que no sabían donde vivía y hasta entonces no le habían visto nunca.

Y el gigante se quedó muy triste. Todas las tardes a la salida del colegio venían los niños a jugar con el gigante, pero

éste ya no volvió a ver al pequeñuelo a quien quería tanto. Era muy bondadoso con todos los niños, pero echaba de menos a su primer amiguito y hablaba de él con frecuencia.

—¡Cuánto me gustaría verle!— solía decir.

Pasaron los años y el gigante envejeció y fué debilitándose. Ya no podía tomar parte en los juegos: permanecía sentado en un gran sillón viendo jugar a los niños y admirando su jardín.

Tengo muchas flores bellas—decía—, pero los niños son las flores más bellas.

Una mañana de invierno, mientras se vestía miró por la ventana.

Ya no detestaba el invierno; sabía que no es sino el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

Realmente era una visión maravillosa. En un extremo del jardín había un árbol casi cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas de oro y colgaban de ellas frutos de plata: bajo el árbol aquél estaba el pequeñuelo a quien quería tanto.

El gigante se precipitó por las escaleras lleno de alegría y entró en el jardín. Corrió por el césped y se acercó al niño. Y cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

En las palmas de las manos del niño y en sus piecitos veíanse señales sangrientas de dos clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte?—gritó el gigante—. Dímelo. Iré a coger mi espada y lo mataré.

—No—respondió el niño—. Estas son las heridas del Amor.

—¿Y quién es ése?—dijo el gigante.

Un temor respetuoso le invadió, haciéndole caer de rodillas ante el pequeñuelo.

Y el niño sonrió al gigante y le dijo:

—Me dejaste jugar una vez en tu jardín. Hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.

Oscar Wilde.

La ranita boba
no sabe de pena
y en la noche sueña
que se vuelve estrella.

La Ranita

La ranita pide,
pide dos estrellas:
una para "él"
y otra para "ella".

Quiere dos anillos
hechos con sus sueños
y bailar al son
de un verde pandero.

La ranita amiga
grita a todo el cielo:
"quiere una lunita
en su charco negro."

Brinca, brinca, brinca,
sin saber por qué.
Quiere un vestidito
blanco y rosaté.



Croa, croa, croa,
sin saber hablar
parada en la luna
que en el charco

A veces de p
se pone a llora
se va con la no
su sombra a va

ta Boba

Muerde sin consuelo
el silencio negro.
(Llena de rocío
es un verde cielo).

Canta sin premura
junto a mi nostalgia.
(La ranita es fría
como el alma mía).

La ranita boba
quiere un clavelito
hecho con mis versos
y con el rocío...

Esto es imposible
mi ranita amiga,
lo único que tengo
es mi pena antigua.

Mi palabra es llanto
y el rocío dolor.
(Haz tu clavelito
con mi corazón).

ALLEN PEREZ CHAVERRI



ca, croa
hablar,
la luna
charco está.
de pronto
llorar:
la noche
a vagar.



EL PEQUENO LISCHEN Y LA LUNA

La clara luz de la Luna llena brillaba a través de la ventana, junto a la pared donde estaba la camita. Por ello le era imposible dormirse al pequeño Lischen. Continuamente miraba hacia el rostro de la Luna. Esta tenía ojos, que ahora empezaban a parpadear; tenía boca que comenzaba a moverse de repente.

—Lischen, ¿por qué no duermes aún?—le preguntó la Luna.

—Porque tú me contemplas así.

—Entonces no te miraré más—le dijo la Luna, y cubrió su cara con una nube.

Al momento se durmió Lischen. Soñó que la buena Luna había partido muy lejos y no volvería ya nunca más.

Lischen se puso a llorar. Apartó la Luna rápidamente la nube que la cubría y se rió del pequeño Lischen.

—¡Mírame! Aquí estoy yo—dijo.

Pero el pequeño Lischen tenía los ojitos tan llenos de sueño, que no podía ver bien a la Luna.

—¡Acércate!—dijo ella— ¡Sube hasta mí!

Lischen se rió de la Luna y dijo:

—¿Cómo he de subir si estás tan alta?...

—Te mandaré mis rayos.

Y la Luna mandó sus rayos que parecían una cabellera de oro. Lischen comenzó a subir sobre ella hasta que estuvo cerca de su amiga. Pero entonces se hizo gigantesco el rostro de la Luna: los ojos eran como lagos, la nariz como una poderosa montaña y la boca como un profundo, muy profundo valle.

El pequeño Lischen quedó aterrado y retrocedió corriendo. El camino de rayos había desaparecido y cayó de cabeza hacia la tierra, rodeada por completo de oscuridad. Cuando llegó abajo se hizo un fuerte bum-bum. Lischen se incorporó aterrado y empezó a llorar fuertemente.

Al oír el llanto, acudió presurosa su madre y tras ella vino su padre, y tras el padre vino su hermana mayor. Cuando vieron al niño en camisa de dormir sentado al pie de la cama preguntaron los tres a la vez:

—Lischen, ¿qué ha sucedido?

—He caído de la Luna—sollozó el niño.

Entonces se rió el padre, y la hermana se rió también; pero la madre levantó al pobre Lischen y le preguntó:

—Dónde te duele?

—Aquí, en la cabeza—dijo Lischen.

Su madre le acarició el lugar dolorido, mientras cantaba:

*Cúrate pronto,
cúrate ya.*

*No llores, niño,
no llores más.*

*Cúrate pronto,
cúrate ya.*

—Bueno, ahora puedes dormirte de nuevo—dijo después—pero, ¡no vuelvas a subirtè nunca más a la Luna! ¡Eres demasiado pequeño para subir tan alto!

Lischen prometió no hacerlo nunca más, y lo ha cumplido hasta el día de hoy.

Cuento popular de Suiza

ADIVINANZAS

1

Del mar, sin alas, al cielo
subo, me enfrió y, después
caigo en el campo y comienzan
las plantas a florecer.

2

Mi padre en el cielo está,
con cera alumbro en la misa;
me casé con la madera
y es mi hija la ceniza.

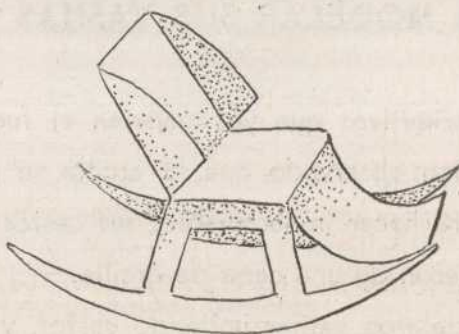
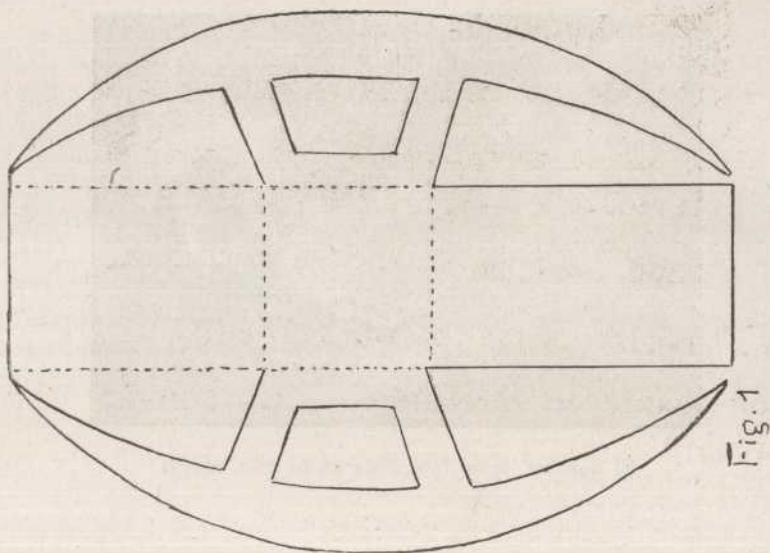


Fig. 2

*¡Mecedora para una persona
de celuloide!*

Pase a cartulina la figura número uno, y recorte por las líneas seguidas. Las de puntos son para hacer los dobleces. ¡Tenga cuidado en dejar los lados del respaldo! Fácilmente se arma como en la figura número dos, y ya está lista para el menor de la familia *Celuloide*.

A ver si se les ocurre algún mueble parecido.



El hombre primitivo decorando una vasija

LOS HOMBRES PRIMITIVOS APRENDIERON A MODELAR SUS VASIJAS

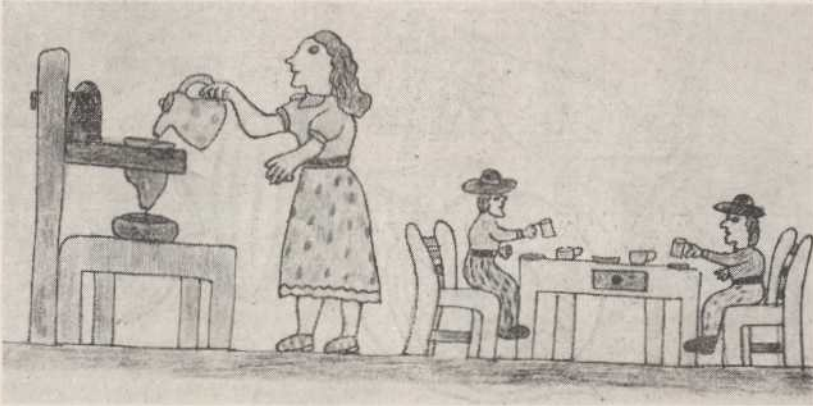
Los hombres primitivos que ya conocían el fuego y la manera de producirlo, habían observado que la arcilla se endurecía por el calor del sol, y para hacer impermeables sus cestos de juncos, y las calabazas, los cubrieron de una capa de arcilla.

Más tarde modelaron vasijas imitando cestos, y en ellas repitieron en barro el trenzado del junco.

Cada vez hicieron mayor número de trabajos en formas diferentes: ollas, vasos, platos, y además, otras cosas representando animales o aspectos de la naturaleza que atraían su interés.

Daban acabado a sus obras embelleciéndolas con decoraciones y quemándolas en hornos rudimentarios.

Los hombres crecieron en inteligencia y conocimiento y, en el transcurso del tiempo descubrieron metales que aprendieron a elaborar para aprovecharlos en su propio beneficio.



Zoila Quirós Alvarado. I Grado.
Escuela Bernardo Soto. Alajuela.

LA SEMILLA

En el patio de mi casa
he sembrado una semilla,
que con la lluvia de Mayo
será pronto una matita.

La hará germinar la lluvia,
y el sol que en el cielo brilla
y echará hojas y flores
y frutos con más semillas.

Sus hojitas brillarán
en las mañanas hermosas;
y a sus flores llegarán
abejas y mariposas.

En sus frutos las semillas
aguardando han de estar
las manos que cariñosas
en la tierra han de regar.

Me siento muy satisfecha
de sembrar esta semilla,
que en planta convertirán
la lluvia y el sol que brilla.

Marta Eugenia Campos Martínez,
V Grado. Escuela Cleto González Víquez. Heredia.



EL CARACOL, LA LUCIERNAGA Y EL GRILLO

¡Qué dichoso el caracol,
que tiene un casco de vidrio
y duerme bajo la col.

Más dichosa es la luciérnaga,
que por las noches se alumbra
con una verde linterna!

¡Pero más dichoso el grillo
porque sabe una canción
para dormir a mi niño!

FERNANDO LUJAN